

España. Y cuando una provincia española está llena del recuerdo de don Quijote, debiéramos interesarnos más por ella. Allende Villarrobledo están las lagunas de Ruidera, la cueva de Montesinos, el misterioso Guadiana. Nadie ignora lo que significan, en la geografía quijotesca, estos lugares. Son románticos y sugestivos como pueden serlo las gargantas de Roncesvalles o el Puente del Orbigo. Muchos extranjeros los conocen; en España ya no son tantos los que tuvieron esta curiosidad.

Cuando refiero en Madrid todos estos pormenores, me dicen que hablo bajo la impresión del extraordinario recibimiento que en Albacete se me ha tributado. Habría que probarme que los datos aducidos son inexactos. Si no lo son, no hay por qué ver ningún apasionamiento en lo que digo.

No es menos exacto el hecho de que Albacete es la única ciudad española que con motivo del Centenario erige un monumento a Cervantes. Al hacerlo, no sólo demuestra cultura literaria, sino españolismo. Cervantes ha venido a ser como un símbolo de la unidad de la patria, fundada en el idioma, y donde Cervantes tiene monumento, no se rompe la tela de nuestro común existir nacional.

Es singular la maestría con que se forjan, en Albacete, las hojas de los cuchillos. Hoy ya no se fabrican puñales como antaño, y aquella típica figura del hombre que saltaba dentro del tren, ofreciendo a los viajeros «puñales, navajas, cuchillos» pertenece al pasado. En cambio, Francia ha encargado a Albacete muchos millares de navajas «cachicuernas», supongo que no como arma de guerra, sino para partir el zoquete de pan o cortar la rama de árbol.

Ver forjar una de esas hojas, sorprende, por la precisión de los golpes que descarga el obrero sobre la barra candente al rojo. Tienen que ser tantos golpes, dados de tal manera, y sin duda uno más o menos estropearía la labor. Parece cosa sencilla, y no lo es. No hay nada que no requiera habilidad.

En otra fábrica que visité, *La Pajarita*, me entretuvo infinito ver hacer caramelos de los Alpes. Nada se puede adivinar, y esta fabricación tampoco. Cuando desenvolvéis un caramelo del papel fino y aceitoso que lo encamis, os parece que será muy complicado darle sus caprichosos colorines, esas vetas o ráfagas que le asimilan al cristal de Venecia, a ciertas bolitas que en la manufactura de Salviati hilan en vuestra presencia, al lado de los hornos. Y en efecto, los caramelos de los Alpes recuerdan la caprichosa fabricación del vidrio. Tienen esas hebrillas delicadas y quebradizas que se ven en ciertos postes, en que guarnece la fuente una maraña de fibras sutiles que, en la boca, se deshacen gustosamente.

Una caja de plomo, recibiendo la masa ya estrada, la devolvía convertida en el caramelo rosado y fragante que tanto entretiene a las asiduas concurrentes a las tribunas del Congreso. Saían en sartas, y se desgranaban sobre el tablero, con ruido ligerísimo de habas rebotando al ser extraídas de su funda.

Y creedlo, todo es bonito en la realidad; apenas habrá cosa que no atraiga y no recree la mirada, en la creación y en las obras del hombre. ¿Os parecerá que no interesa ver fabricar fideos, chocolate; ver confitar peladillas? Yo os digo que es un lindo espectáculo, sobre todo si se hace con limpieza, con máquinas relucientes y que despachan su labor como buenas operarias de hierro, acero y cobre. Gusto da ver los inmensos peroles donde la almendra, poco a poco, toma su baño y sale revestida de esa capa tan igual, lisa como una guija pulida en el lecho de un río. Lentamente, la almendra se reviste de la capa de azúcar, y la veis, ya bañada, en la pulcra sera de espanto, recordando una vez más las habas grandes que se venden en las tiendas, y asoman su blancura por la entreabierto boca del saco.

Y los fideos, los honrados y familiares fideos, primero los amasa la máquina, y luego los suelta a chorros, en madejas amarillas, que enormes tijeras cortan, para que, apenas secos, los tejan en *achos* las operarias. Cada vez que el tilerón siega la larga madeja, se me figura que está trasquilando una cabeza de mujer rubia. ¡Todo lo puede la imaginación!

Ya sé, señores exquisitos, que la sopa de fideos no os convence. La encontráis demasiado vulgar, demasiado cursi. ¿En qué mesa elegante se presentará la sopa de fideos, sean finos, sean gordos? Pero hay algo más allá de los tiquis miquis de la elegancia. Hay que los fideos, bien cocidos, no estando añejos, nadando en el caldo substancioso del sano puchero español, y con una pulgaradita de azafrán, son un plato a la vez nutritivo, sabroso y abundante. Por mi parte, me gusta más que esas sopas que hacen ahora desmenuzando gallina, zanahoria, y otros ingredientes, y que rascan la garganta, por la cual se escurre con tan grata suavidad el fideo.

Y claro es, el fideo subsiste y se despacha que es un primor. Creo que miles de kilos diarios salen solamente de esta fábrica de *La Pajarita*.

He sentido venirme de la Mancha sin hacer la excursión a Ruidera y a la cueva donde don Quijote soñó tales cosas que nos harán soñar perpetuamente a los venideros. Siempre que visitáis un país, algo queda en él que no veis, y que sirve de gancho y estímulo para llamaros otra vez al mismo viaje.

Y si me fuese posible elegir profesión, o mejor dicho, quehacer perpetuo, he aquí lo que yo sería: viajera incesante por España. No iría ni tras las pagodas de la India, ni recorrería las estepas rusas, ni me pasearía por Constantinopla y el Bósforo. España me interesa más que el resto del mundo, y cada rincón de España un mundo es.

Aquí está Albacete, que no pasa por ser uno de los lugares más recomendados al capricho del turista. No competirá con Toledo y Salamanca en cuanto a edificios antiguos y maravillas arquitectónicas; pero tiene elementos pintorescos sobrados. En sus tradicionales ferias, que se celebran en el recinto tan gráficamente llamado *la sartén*, pues afecta la forma de este utensilio, con su rabo y su cazo, se ve un cuadro en extremo típico: las carretas en que la gente venida para comprar o vender ganados y productos, acampa, vive, duerme, come, se viste y se peina. De noche, en el círculo que forman los carros, se rasguea la guitarra, se baila la manchega seguidilla.

Hay un trozo del aro de la sartén donde se venden, especialmente, guitarras. Yo, que voy sintiendo repulsión hacia los toros, experimento en cambio la atracción de la española guitarra. He oído decir a un jefe que hizo la campaña de Cuba bastantes años, que, lo primero, cuidó de regalar a sus soldados unas guitarras, y, con sólo rasguelas, recobraron la alegría, y las calenturas se les aliviaron. Pudiendo tocar su guitarra, cantar sus coplas, el soldado español, como por magia, se reanima. Estos soldados que recibieron el regalo de las guitarras, eran manchegos y extremeños, el mejor contingente, bravos y sencillos, llenos de ánimo, y de alegría, desde que entonaron sus cantares regionales.

Por eso no me causó extrañeza el que en la feria de Albacete, la guitarra sea uno de los artículos de mayor consumo. Gentil artículo, al cual acompañan, de cierto, las morunas castañuelas.

Me decía un extranjero ilustre, Mauricio Spronck, que él había estado en Albacete años ha, y le había sorprendido el aire de limpieza de la población en general, añadiendo que esta observación podía aplicarse a muchos pueblos españoles, y no de los más importantes. En efecto, hasta en casas de aldeanos he podido notar a veces el más refinado aseo. En Andalucía hay cortijos que parecen una taza de plata, y la cueva de la alcaldesa de Yeles no la he podido olvidar nunca, por lo primorosa. Os parecerá raro que una alcaldesa viva en una cueva, y que la tenga como un espejo. Al menos, tal pensará el que no haya entrado en las cuevas de Yeles, que son una curiosidad. Son viviendas completas, donde, aseguran, no se siente jamás el frío ni el calor, y el humo del hogar sale por agujeros practicados en el techo. De lejos, ver estas columnitas de humo, que brotan de la tierra, produce un efecto singular.

Acaso en las cuevas de Yeles haya que ver un rezago de la vida troglodítica, o tal vez un ingenioso recurso para disfrutar de una habitación cómoda, sin necesitar recurrir a albañiles, carpinteros, estufistas y plomistas.

Sea como fuere, nos conviene mucho que los extranjeros vean en España estas mansiones, subterráneas o no, pero tan bien dispuestas, tan surtidas de relucientes cazos y fregada loza, y tan cuidadosamente barridas y aljofifadas.

Váyase por otras, que... Pero guardemos un silencio patriótico. Y además, de estas habas se cuecen por doquiera. No olvido lo que cierta amiga mía, española y muy ilustrada, por cierto, me contó de los olores de Edimburgo... Y, por otra parte, España va progresando, en esto y en mil cosas. No se ganó Zamora en una hora, decimos los que, al lado de la impetuosidad, hemos cultivado la paciencia...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

A mi regreso de Albacete, donde actué de mantenedora de los Juegos florales y fui a colocar la primera piedra del monumento a Miguel de Cervantes, me pregunta todo el mundo: «Y... ¿cómo es Albacete?» Nadie tiene, visto está, la menor idea de tal pueblo. Es un misterio. Se encuentra a seis horas de tren de Madrid, y tiene fama su cuchillería. Nadie sabe una palabra más.

Albacete forma parte de esa Mancha extensa y desconocida, que con tanto donaire como exactitud retrató el autor del *Quijote*. No hay localista más gráfico que Cervantes, y sin pesadez, sin babosos entusiasmos, supo comunicarnos la profunda simpatía por la Mancha, el atractivo peculiar de su ambiente.

En cuanto al Albacete, del cual no sospechan ni la existencia en Madrid, es una capital de provincia, en pleno progreso, donde se trabaja mucho y se vive bien, y que siendo el sitio donde se fabrican los célebres cuchillos, navajas y puñales, no registra en sus fastos ningún crimen cometido con arma blanca. Venden navajas y no las usan. Ya eso merece notarse. Otra particularidad de Albacete es que en ningún punto de España se toma tan buen café. Es el café excelente en todas partes: en los cafés lo mismo que en las fondas, y en las fondas igual que en las casas.

No hay, o por lo menos no debe haber, mendigos. Existe una tienda Asilo, y para una ciudad de veinticinco mil almas, se reparten diariamente dos mil raciones de comida. Bien digo que la miseria es cosa desconocida en Albacete; hablo de la miseria negra, la que causa las muertes por inanición y frío, que registramos en Madrid.

Los salarios son crecidos. No hay pues descontento en la clase obrera. No hay gente falta de trabajo. Al contrario, se nota escasez de brazos para las faenas agrícolas, y les podíamos enviar algunos de los desempleados de aquí.

La población está en un período de crecimiento y prosperidad, que se revela en todo. Han abierto una calle muy amplia, a la cual llaman la «Gran Vía», y doble fila de bellos edificios, dotados de todos los modernos requilorios del confort, la guarnece. Hállase muy adelantado el Hotel, algo más pequeño, pero igual en su construcción, al *Palace* de Madrid. Recientemente se han edificado los palacios de la Diputación, el Ayuntamiento y el Casino primitivo, el grupo escolar, y se ha roturado y poblado y embellecido el vasto Parque, demostración positiva de que, si en el suelo de la Mancha no crecen árboles, es sencillamente porque nadie se cuida de plantarlos. El Parque será en breve un oasis de verdor, el pulmón fresco y oxigenado de Albacete.

En este camino de progreso, Albacete no se para. Ha suscrito, hace pocos días, un empréstito de millón y medio de pesetas para obras convenientes, y el empréstito se vio cubierto en pocas horas. Se desea un hospital, un cuartel, un campo de aviación, otros edificios... ¿quién sabe si la Catedral?..

Albacete desarrolla sus industrias. Contiene fábricas de harinas, chocolates y bombones, pastas alimenticias, cuchillería, mosaicos, carburo de cal. En la provincia funcionan fábricas de energía eléctrica, llamadas los Pontones, los Frailes, Moranchel, y encierra el célebre salto de la Hidroeléctrica española, que da fuerza a Madrid, Valencia y Alcoy. Su vida agrícola no es menos intensa. Sus campos están bien cultivados, y el trigo y las cepas de vid empezaban a verdear cuando los crucé. Produce el azafrán, la cosecha más rica de todas. Cuando la rosa es abundante, el bienestar se difunde. Las aspiraciones y proyectos, en los hogares humildes, tienen por base la fertilidad del azafrán. También se coge en la provincia buena cantidad de esparto. En Hellín son ricas e importantes las minas de azufre.

Lo cual no impide que, si uno va a Albacete y se encuentra muy bien, en Madrid le miren como a una persona original.

Todos los españoles debiéramos conocer a toda